

LA GRANDEZA DE LA MIRADA Y OTROS CUENTOS

BLAVES

ANNE-CHARLOTTE LAMASSE

JAVI SOTO

NATALIA NOGUERA GARCÍA

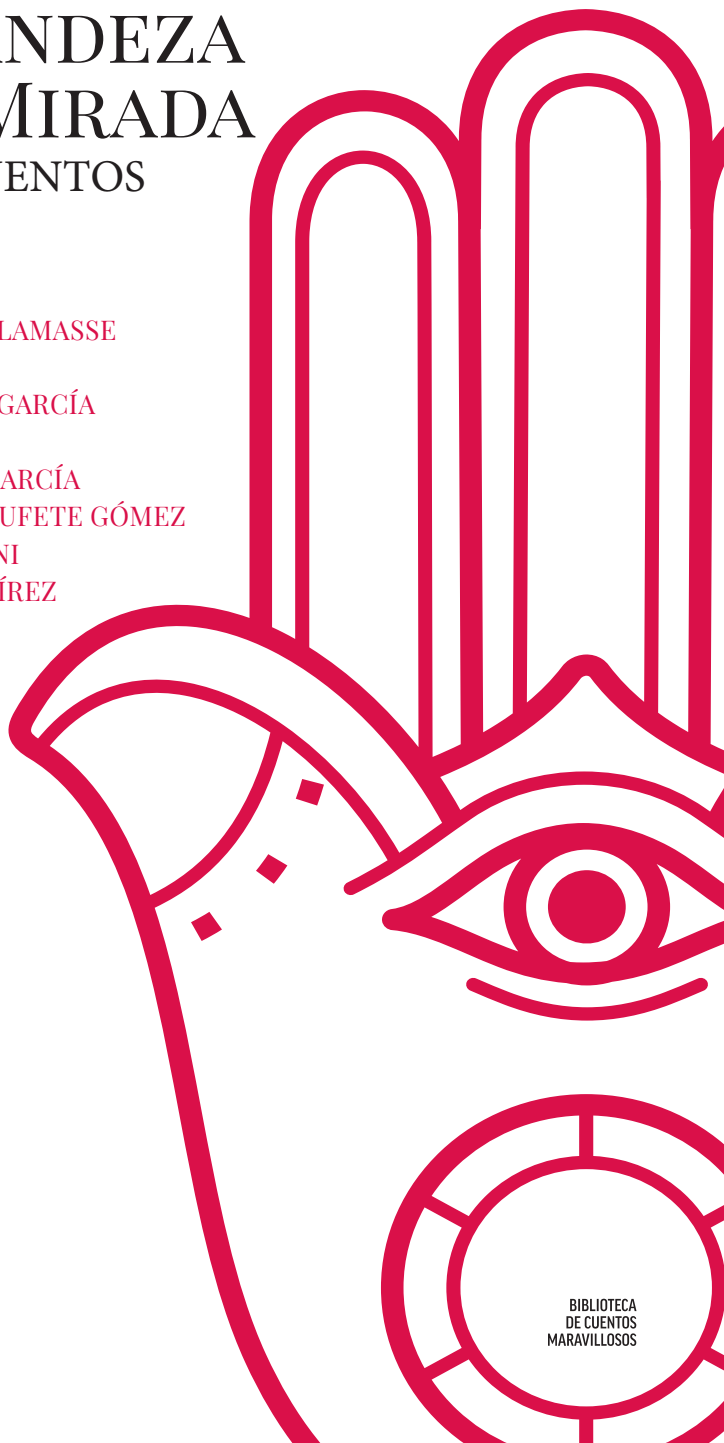
MALVALLUNA

GLORIA ALARCÓN GARCÍA

JOSÉ FERNÁNDEZ-RUFETE GÓMEZ

ASIA LEÓN SIMINIANI

ROSA CORTIJO RAMÍREZ



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

LA GRANDEZA DE LA MIRADA

Y OTROS CUENTOS

BLAVES
ANNE-CHARLOTTE LAMASSE
JAVI SOTO
NATALIA NOGUERA GARCÍA
MALVALLUNA
GLORIA ALARCÓN GARCÍA
JOSÉ FERNÁNDEZ-RUFETE GÓMEZ
ASIA LEÓN SIMINIANI
ROSA CORTIJO RAMÍREZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2021

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Olena Panasovska

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La grandeza de la mirada y otros cuentos*
© De los textos: sus autores
© De la presente edición:
Editorial Espacio para Contar, 2021
C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)
Teléfono: 649 09 08 11
info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-5-0
Depósito legal: MU 234-2021
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
LA GRANDEZA DE LA MIRADA BLAVES	11
LA VOZ DORMIDA Y LOS SUSURROS DEL VIENTO ANNE-CHARLOTTE LAMASSE	17
DE RAÍCES Y OTROS REINOS JAVI SOTO	23
TODO EL MUNDO DICE NATALIA NOGUERA GARCÍA	31
BOLITA DE LUZ MALVALLUNA	39
LA OSCURIDAD Y LA LUZ GLORIA ALARCÓN GARCÍA	49
LO QUE QUEDA DEL OLVIDO JOSÉ FERNÁNDEZ-RUFETE GÓMEZ	55
COMO EN CASA EN NINGUNA PARTE ASIA LEÓN SIMINIANI	63
SARA, UNA SERA ESPECIAL ROSA CORTIJO RAMÍREZ	73
«AHORA TE TOCA A TI»	81
«ÉRASE TU VEZ»	89
ANEXO	99

AGRADECIMIENTOS

Nuestro agradecimiento, como siempre, a La Casa de la Piedra de Murcia por dar cobijo a un acontecimiento de estas características donde la importancia del continente es tan importante como el contenido.

A Daniel Caballero que siempre ilumina el diseño y maquetación de nuestros libros con mimo, tan necesario como la vida.

A todas las personas que hicieron el taller Érase tu vez en otro momento y que tanto nos ayudan con sus comentarios a seguir comprendiendo lo que ocurre en este taller tan especial.

PRÓLOGO

Hay un tiempo en la vida para cada cosa, ya lo decía el Eclesiastés, y ahora era el tiempo de escribir cuentos —en realidad, cualquier tiempo es bueno para eso—, de esos cuentos que van más allá de lo previsible y nos muestran quienes somos con dulzura y misterio. Cuando se reunieron estas nueve personas para escribir el cuento de su vida no sabían qué iba a ocurrir —nadie lo sabía—, pero cuando pones la confianza en manos de la vida, te sorprende, siempre ha sido así y siempre lo será.

Un fin de semana de febrero de 2021, Blaves, Anne-Charlotte Lamasse, Javi Soto, Natalia Noguera García, Malvalluna, Gloria Alarcón García, José Fernández-Rufete Gómez, Asia León Siminiani y Rosa Cortijo Ramírez se reúnen para escribir el cuento de su vida, pero primero hay que jugar, bailar, cantar, reír mucho y todas esas cosas que hacen que la vida tenga tanto sentido y nos sintamos orgullosos de ser humanos. Cuando llega el momento de la escritura de su cuento están disfrutando del espacio Imaginal, del Inconsciente Colectivo, del Unus Mundus... —cualquiera de estas calificaciones nos vale—, están en el reino del símbolo y la metáfora, porque ahí es donde nos lleva el juego, de la mano de nuestro niño, o niña interior. Y entonces brotan los cuentos, mitos contemporáneos cargados de significado, para que quien los lea se sienta conmovido, quizá le esté ayudando a recuperar algún tesoro perdido que se quedó bajo la losa de la humillación.

Disfruta con los cuentos que te presentamos en las siguientes páginas, deja que su simbología hable con tu interior y observa.

*Este «cuentico» se lo dedico a la Diosa Fortuna porque gracias a ella
conocí al Druida de ojos bondadosos, que me indicó el camino hacia la
paz y me mostró la grandeza de la mirada.*

LA GRANDEZA DE LA MIRADA

BLAVES

Había una vez, hace muchas, muchas vidas, una niña con trenzas y pecas, que abría los ojos al mundo. Se plantó en la tierra en pleno invierno buscando el calor en los brazos de su madre que la acogió en su seno como buenamente pudo.

Era un ser de agua que lograba acomodarse en cualquier espacio que dispusieran para ella y disfrutaba tanto en un pequeño hoyo como en un gran espacio; esta moldeabilidad le daba oportunidad de sentir que la vida se ajustaba a ella y ella a la vida. No veía tamaños diferentes, todo estaba hecho a su medida y su medida iba acorde al mundo. En esos primeros años sentía que estaba en armonía con el mundo, que con él fluía y no tenía miedo.

Esa ausencia de medidas la llevó a trasladarse a vivir a un jardín que no le correspondía, porque era un territorio habitado por otros seres que ya tienen una mirada distinta sobre el mundo; ella contemplaba ese paisaje con ojos infantiles y con actitud de adulta, y ahí fue la primera ocasión en la que sintió que algo no funcionaba.

Creía sentirse más mayor que el propio mundo y, con esa actitud, desafiaba al devenir complicándose cada vez más su camino.

Ya no había vuelta atrás, una vez que entró en aquel jardín no

podía volver a la medida de su mundo y solo le quedaba la huida hacia delante.

A la protagonista del cuento le llegaban voces amorosas y preocupadas que la instaban para que depusiera su actitud y volviera al redil, pero ella sentía que esos caminos ya estaban quemados y no eran sendas por las que poder devolverse.

Andaba completamente perdida y desubicada, pero por no querer aceptar el miedo que sentía, se convirtió en temeraria y siguió desafiando al mundo.

En el jardín en el que se instaló habitaban monstruos con forma humana, a los que el olor del desafío les arrancaba la máscara y la niña, sin ser consciente del peligro al que podía enfrentarse, despertó a un viejo monstruo de carne seca, curtida en mil batallas de las que siempre salía victorioso.

La bestia parda despertó cuando olió el perfume de la inocencia disfrazado de mujer y, como se trataba de un monstruo capaz de arrasar con todo lo que fuera luminoso, se la comió; le hincó sus dientes en lo más profundo de sus tibias carnes y la desgarró llevándose con el mordisco la esencia de la niña.

La niña sin esencia tuvo muchísima suerte de no encontrar el modo de dejar de andar y se vio en la obligación de seguir un camino, el que fuera, ya daba igual si era bonito o no, ya ni siquiera creía que la vida fuera de verdad.

Le costaba respirar cuando en su vida cotidiana aparecía el monstruo con forma humana y le clavaba una mirada incisiva e insistente que parecía decirle que él la había vaciado para siempre, que ahora sólo era una carcasa de lo que habría podido ser, que ahora sólo era los restos de lo que él dejó de esa niña. Buscaba el modo de desprenderse de todo eso, porque no quería que esas babas verdes con las que le había manchado el monstruo siguieran presentes en su vida, pero no encontraba el modo... hasta que un día, nacido después de que casi un centenar de hojas cayeran del

calendario, supo que una máquina alemana aplastó al monstruo, y que el monstruo se clavó él mismo su propio agujón, llevándoselo a la tumba.

Una mujer que escondía su niña rota, se presentó en el funeral del monstruo con la esperanza de que cuando se lo tragara la tierra, pudiera ella vomitar todo su dolor y conseguir paz, pero nada de eso sucedió porque el monstruo seguía viviendo en su presente.

La niña quería deshacerse de él y resulta que cuanto más empeño ponía en ese intento de olvido, con más acomodo se instalaba el monstruo en su vida. Cuando tomó consciencia de esa paradoja se decidió a acudir a un druida para que le indicara cómo exorcizar ese monstruo y ÉL le dijo cómo proceder.

Dos días más tarde, que transcurrieron entre pruebas de valor, y tras 700 kilómetros de camino, la niña se acercó al cementerio y desenterró al monstruo; lo miró a los ojos, porque a pesar de tantos años, todavía se conservaba igual, y le dijo:

—Tú me hiciste mucho daño, pero solo durante 30 minutos de mi vida, el resto del dolor me lo he hecho yo solita, y ahora vengo aquí a mirarte de frente y decirte que yo te he hecho demasiado grande y demasiado importante en mi vida, pero que te abandono ya, que eres una mierda de monstruo al que yo solita le he puesto escamas, fuego y más poder del que tenías.

Después de esa experiencia, tras seguir el consejo del druida, la niña se quedó consternada porque se dio cuenta de que el poder siempre había estado en sus manos y con ese deseo de sanarse recogió aquellas babas verdes que el monstruo le inoculó y las convirtió en jabón para lavar su memoria embrutecida por la presencia del monstruo y construyó unas pompas con las que viajar a todos los momentos de su vida que clamaban reparación. Montada en la pompa viajera fue a visitar al «NO FUE»; se sentaron en una gran vasija de metal, llena de agua, y sacando un poco de jabón de baba verde se enjabonaron, y con la excusa de lavarse aprovecharon las

caricias para curarse las heridas; pusieron paz, acomodando todos los «NO FUE» en su lugar. La pompa estaba deseosa de cambiar de escenario y montada en ella se desplazaron a la tierra del ahora reciente.

Con una nueva mirada que nacía de haberse puesto las gafas de heroína, contempló su entorno y de pronto descubrió que no hacía mucho había estado en una pequeña cueva, al final del pasillo que discurría por una gruta a la que se accedía bajando unas escaleras que partían del tronco de un enorme árbol, situado en el claro de un bosque que aparecía tras seguir una pequeña senda arbolada, pegada a la verja que limitaba un bello jardín que se escondía en una hermosa casa a la que se entraba por una gran puerta antigua, y recordó que en el bolsillo del corazón llevaba el tesoro que había recuperado del cofre que se escondía en la gruta. Se dispuso a mirar en su corazón, sacar su tesoro y al desenvolverlo encontró una sustancia hecha de un montón de materiales que provenían de todos y cada uno de sus dolores, de sus alegrías, de sus risas, de sus fracasos y de sus esperanzas. Era una sustancia mágica que tenía la cualidad de limpiar en su hoy lo que no le gustaba de su ayer; funcionaba también como bálsamo para las penas del presente y como amuleto contra el miedo al futuro porque le aseguraba que su vida sería del modo en que se dispusiera a pintarla.

A la Vida, por regalarme tanto

LA VOZ DORMIDA Y LOS SUSURROS DEL VIENTO

ANNE-CHARLOTTE LAMASSE

Todas la estaban esperando. Ella no tenía tanta prisa en llegar. Allí fuera se escuchaban muchas risas que le despertaban dudas y curiosidad.

Antes de emprender el viaje pidió ayuda.

—¿Ya? —respondió una voz.

—Sí, al parecer no me puedo quedar y en verdad necesito espacio.

—Vale , te daré un impulso.

—¿Un... qué?

—Ya tendrás tu vida para comprenderlo, ¡ahora ponte en marcha!

No tuvo tiempo de terminar la frase, todo fue muy rápido, empezó la travesía, el agua en la que se bañaba se enfrió enseguida y ¡craaaaaak! Le deslumbró la luz.

Buscaba calor y recogimiento y enseguida se le concedió.

Uno exclamó con alegría:

—¡Qué maravilla! ¡Tiene mis patas! ¡Y un ala roja como tú! ¡Y un ala verde como yo! Se llamará DEJA, un poco de verde y un poco de roja!

Deja no entendía nada pero parecía un buen augurio. Al volver a la rama le esperaba una gran fiesta. Se quedó tranquila y adormecida.

Conforme crecía jugaba a construirse cabañas, era el mejor sitio para inventarse historias, y toda la efusividad de fuera se apagaba. Todas se esforzaban en hacerla reír, ¡lo disfrutaba mucho! Hasta que sintiera la necesidad de escuchar el silencio. Le hablaba tanto. De vez en cuando se preguntaba por qué.

Un día se dio cuenta de que no crecía, quizás era fruto de su imaginación —porque tenía mucha— pero al tiempo observó que algo le estaba ocurriendo: se volvía pequeña y nadie se daba cuenta. Se conformó con que era así y punto, sin embargo, con el tiempo, observaba que las excursiones largas hacia las cimas le «daban alas» —¡que ya las tenía pero no se las veía!— y le permitían volver a encontrar su tamaño real. Un día llegó a la cima de una montaña, las aves volaban bien alto, se cruzó de alas y miró hacia el horizonte.

—¡Ay, si tuviera alas! —dijo en un suspiro.

Aunque no le apetecía mucho la idea de volver y hacerse de nuevo pequeña, sí que le apetecía emprender la bajada a toda velocidad.

Deja se levantó y respiró hondo. Cogió carrera y empezó a bajar, saltando, cantando y llena de alegría hasta que, de pronto, se tropezó con una piedrecita. Dio volteretas, rodó, rodó y rodó... ¡Bum! Aterrizó en una charca de fango baboso en medio de un bosque oscuro.

Era la primera vez que se caía. Acostada en el suelo, le faltaba el aire, no podía respirar. Se quedó así durante varios minutos. Le dolían las patas y el pecho. Las puntas de sus alas adormecidas. Un sabor agrio en la boca. No quería abrir los ojos por miedo a no reconocer su mundo.

Deja se quedó tiempo allí, entumecida. Pasaron días, meses, quizás años. Nadie lo sabría decir.

De vez en cuando intuía una luz en la copa de los árboles pero nunca le alcanzaba ni le llegaba para calentarle el cuerpo. Este entorno, al principio hostil, le resultó poco a poco familiar, realmente la tierra viscosa la alimentaba y le ayudaba a recomponerse.

A veces, escuchaba los susurros de las hojas que le decían:

—DejadejadejadejadejadeJade...

Jade abrió los ojos y de golpe se dio cuenta de que no le dolía nada. Estaba desorientada. Se sentó, tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces y vio que varios animales la estaban rodeando. Le pareció tan extraordinario aquel espectáculo que se quedó allí, en silencio, contemplando. ¿Cuánto tiempo habían estado aquí?

Se levantó, se estiró, ¡hacía tanto tiempo que no sentía su cuerpo! Qué hermosa era. ¡Y qué grande! Vestía un magnífico plumaje de colores cálidos y flamantes.

Dio los primeros pasos, se le había olvidado cómo le gustaba caminar. Se tambaleó un poco y se dio la vuelta. Qué sorpresa al ver la huella de su cuerpo incrustada en la tierra seca. Agradecida y algo nostálgica decidió ponerse a andar en busca de un camino nuevo. Su mirada aguda adivinó un camino cubierto de lianas y pinchos, hacía tiempo que no se había usado. Decidió cogerlo. Se pinchó, se arañó, pero tenía tanta fuerza que nada la frenaba. Estaba despierta. El sendero subía cada vez más. Un sinfín de perfumes delicados la llevaban en la buena dirección, no había duda. Jade no se acordaba que era el mismo camino que había emprendido tiempo atrás.

La vegetación se hacía escasa, descubrió el cielo de un azul intenso, podía percibir los rayos cálidos del sol atravesando su piel. Sentía el sostén de la tierra debajo de sus pies, esta tierra que la había nutrido todo este tiempo. Podía percibir el susurro sutil de una brisa leve venida de tierras lejanas.

Una vez llegada a la cima, respiró profundamente. Este nuevo soplo recorrió todo su cuerpo hasta llegar a la punta de sus alas. Se estremecieron y se desplegaron por sí solas. De repente, llegó una borrasca de viento, la levantó por los aires y se desestabilizó pero la corriente se la llevó suavemente, planeó y se dirigió allá, hacia el infinito. Volando ligera y confiando en su nuevo destino.

*Este cuento se lo dedico a mi madre,
cuya sombra me sigue cobijando tanto*

DE RAÍCES Y OTROS REINOS

JAVI SOTO

En el lejano y antiguo Reino de la Madera, vivía Tronco. Mientras los demás se preocupaban en crecer y hacerse robustos y fuertes en la arboleda, Tronco prefería jugar con el agua del río.

Aunque se movía muy despacio, un día llegó hasta el Delta, donde el agua del río y el agua del mar se juntaban. Quedó maravillado por el paisaje y la mezcla de sabores en sus raíces. Cuando volvió, sus padres estaban muy enfadados. No era normal que alguien del Reino de la Madera quisiera ir al Delta. Ellos decían:

—Nos alegramos de que llueva, porque es necesario para crecer. Pero eso de mezclar el agua dulce y el agua salada, de eso nada de nada.

Su madre le hizo prometer que nunca más volvería a ese lugar. Y con toda la inocencia de su corta edad, se lo prometió.

Una noche de otoño, el Reino de la Madera fue atacado por las Carcomas. La madre de Tronco, que tenía muy buena madera, enfermó. Y él no entendía por qué las Carcomas querían comerse a su madre.

—¡Si no ha hecho nada malo! —decía.

El Maestro de la Madera, experto en injertos y raíces, no sabía cómo ayudarla. Esas Carcomas eran nuevas y nunca había

visto nada igual. Tronco, preocupado y desesperado por ayudar a su madre, fue a hablar con el Jefe Carcoma. El lugar donde vivían las Carcomas era un lugar triste y desolado, lleno de raíces muertas y de árboles a punto de quebrarse.

Cuando empezó a hablar, todas las Carcomas se rieron. Les hacía mucha gracia ver a alguien tan pequeño y sin frutos.

—Tienes mucha madera para venir aquí —dijo el Jefe Carcoma.

Tronco, nervioso y muerto de miedo, empezó a temblar y a mover todas sus ramas. Las Carcomas se asustaron al principio, y luego se rieron a carcajadas.

El Jefe Carcoma le dijo:

—Eres muy divertido y hacía mucho tiempo que nadie hablaba con nosotras. Dejaremos vivir a tu madre. Solo nos comeremos su mirada.

Ahora su madre necesitaba la mirada de los demás para poder vivir. Y aún así, estaba contenta. Iba a poder seguir cumpliendo su sueño: echar raíces con su familia.

Tronco se fue haciendo mayor. A diferencia de otros, sus ramas no terminaban de florecer, y se reían de él. Todos empezaban a tener frutos y a tener animalitos viviendo en su interior. Entonces fue al Maestro de la Madera que le enseñó a tomar el sol y a dejarse mover por el viento. En la primavera siguiente, se convirtió en el más alto del Reino de la Madera y sus frutos eran grandes y abundantes. Incluso una familia de ardillas se mudó a sus ramas una temporada. Sus padres, hasta ahora preocupados, se alegraban mucho y estaban muy orgullosos.

Un día Tronco estaba jugando en el río cuando empezó a sentir en sus ramas que algo se acercaba. La familia de ardillas con la que vivía se escondió deprisa, aquello que se acercaba era muy grande.

Un hermoso y enorme Dragón se había detenido en el río

a beber agua. Tronco se maravilló por sus enormes alas y, sobre todo, por lo rápido que se movía. Él, con sus raíces, no podía moverse así.

Le preguntó al Dragón:

—¿Queda tu reino muy lejos?

A lo que el Dragón contestó que no. Y luego le volvió a preguntar:

—¿Podría visitar tu reino a pesar de mi lentitud?

El Dragón abrió las alas, se acercó a su corteza y le dijo con una sonrisa:

—En el Reino de Fantasía todos y todas son bienvenidos y bienvenidas.

A partir de ese momento, todas las semanas Tronco viajaba al Reino de Fantasía. Sus raíces eran cada vez más ligeras y podía moverse más rápido.

Sus padres estaban contentos. Nunca habían visto así de feliz a su hijo y ahora tenía nuevos amigos y amigas.

A diferencia del Reino de la Madera, en el Reino de la Fantasía nadie tenía prisa por crecer. A Tronco le gustaba tanto Fantasía que cada vez pasaba más tiempo allí. Sus frutos eran ahora más sabrosos y, además de la familia de ardillas, una familia de pájaros que no paraban de cantar habitaba en su interior.

En el Reino de Fantasía, Tronco se enamoró de una Ninfa. Era tan bella y luminosa que cada vez que la veía, se le caían las hojas.

La Ninfa siempre estaba saltando y hablando muy deprisa. Él quería estar más tiempo con ella pero la Ninfa se movía tan rápido, tan rápido, tan rápido que un día desapareció. Tal vez, la Ninfa no tenía raíces —pensó.

Acompañado de su amigo el Dragón, con el que iba a todas partes, Tronco se fue a vivir definitivamente al Reino de Fantasía.

Para su sorpresa, el Reino de la Fantasía estaba muy cerca

del mar que había conocido hace años. Le encantaba el agua, y siempre había jugado solo en el río.

En el Delta, Tronco se paraba y sentía cómo el agua dulce y el agua salada lo golpeaban. Sentía que sus raíces sonreían y se nutrían como nunca antes, haciéndole más grande y fuerte. En el Delta, en la Playa y en el mar habían otros y otras. Todo era alegría. Después de tantos años, volvió a disfrutar de aquel lugar al que prometió no volver.

Un día de sol llegó un mensaje urgente del Reino de la Madera. Las Carcomas habían vuelto a atacar. Tronco empezó a temblar y a mover nervioso todas sus ramas. Recordaba todo lo que pasó cuando era pequeño y tenía miedo.

Con ayuda de su amigo el Dragón regresó deprisa al Reino de la Madera. Allí, su madre lloraba. Su padre había sido atacado por el mismísimo Jefe Carcoma.

Tronco, ya mayor, fue a hablar con él. Pero ya no escuchaba ni le parecía divertido que temblara.

El Maestro de la Madera no sabía qué hacer para ayudar a su padre. Ningún injerto servía y se sentía cada vez más hueco.

Tronco estaba desesperado. Ahora que se movía más rápido, cada vez que podía viajaba al Reino de Fantasía y al Delta del río a jugar con el agua dulce y el agua salada.

Un día, el Maestro de la Madera no apareció. Les dejó un poco de injerto y una ventana abierta para que entrase el sol y el viento. El padre de Tronco ya estaba prácticamente hueco y sus ramas se rompían con facilidad. Sus raíces dejaron de sentir y la madre de Tronco, sin su mirada, con sus raíces lo abrazaba.

Tronco estaba triste y enfadado. El Jefe Carcoma le había fastidiado la vida dos veces. Cogió un mapa y buscó todos los reinos que existían. Pensó:

—Si las Carcomas vienen a por mí, tendrán que venir a buscarme muy lejos.

Habló con su amigo el Dragón y le pidió sus alas para viajar rápido y lejos. El Dragón le cedió sus alas a cambio de sus raíces. Y fue así como Tronco viajó y viajó por reinos nunca vistos. El reino del Chocolate, donde llovían conguitos y los ríos llevaban sirope. El reino de las Golosinas, donde las nubes eran nubes, las fresas eran fresas y la risa sonaba a peta zeta.

Y llegó al último reino, al que no solía ir casi nadie: el Reino del Silencio. Allí no había nada ni nadie, solo Tronco. Allí descubrió la tierra más fértil que jamás hubiera visto. Y echó de menos tener sus raíces. Las había intercambiado con su amigo el Dragón para poder volar rápido y lejos.

Tronco habló y cada palabra que decía, el viento se la devolvía. Al principio, pensaba que hablaba con alguien, así que el viento cada vez le devolvía las palabras con más fuerza hasta crear una tempestad. Sin raíces con la que sujetarse a la tierra, salió volando lejos. Sus ramas se quebraron, sus frutos se perdieron y las familias de ardillas y pájaros que lo habitaban desaparecieron. Mientras volaba sin control, gritando y llorando, veía a las Carcomas comiéndose a su familia, veía a su madre llorando, veía los ríos sin agua, su delta contaminado y el Reino de Fantasía eliminado del mapa. De entre ramas y piedras que volaban, apareció su amigo el Dragón, que lo agarró con su boca y Tronco sonrió y se durmió. Cuando despertó, el Maestro de la Madera estaba haciéndole un injerto. La ventana estaba abierta para que entrase el sol y el viento. Su madre le acariciaba sus raíces. Y su amigo el Dragón le había traído un cubo de agua dulce y de agua salada.

Pasó el tiempo y llegó la primavera. Tronco ya estaba recuperado. Volvía a sentirse fuerte, rápido y con frutos abundantes y sabrosos. Y las familias de pájaros y ardillas regresaron para habitar en su interior.

Y de vez en cuando, Tronco le pedía a su amigo el Dragón sus alas para volar, pero con una condición: no sin mis raíces.

*A Olivia y Juanpe, para que aún con miedo
se atrevan a cruzar el bosque.*

TODO EL MUNDO DICE

NATALIA NOGUERA GARCÍA

Nadie supo cómo llegó la niña pero todos los habitantes del bosque la acogieron en su reino. Cuentan las viejas del lugar que cuando llegó hubo un gran revuelo de pájaros anidando a su alrededor. Desde entonces, la niña es conocida como la niña de pájaros en la cabeza.

Tal vez por eso se hacía preguntas que no sabía responder:

—¿Quién agita el mar durante la noche? ¿Cuánto amor contiene una almendra? ¿Adónde van los abrazos que no se dan?

A veces la encontraban jugando con palabras en el aire o escuchando atentamente el cantar de los pájaros y la risa de las gaviotas. Attendía también los problemas de los árboles y el rugido de las tormentas. Todo le hablaba y ella se quedaba quieta, escuchando todo lo que tenían que decirle.

En esas, fue creciendo y escuchando montañas de voces de aquí y allá. Voces que susurraban muchísimas cosas. Tantas, que pronto empezó a acumularlas en su cabeza donde sus pájaros empezaron a enfermar. Todo el mundo tenía algo que decirle y allí estaba la niña para escuchar.

Los consejos se sucedieron como sucede la vida. Como llega la cosecha y crecen los naranjos. Como se repite la luna en el cielo y llega la primavera.

Ya no se sentía preparada para caminar en el bosque sin miedo. Los consejos comenzaron a multiplicarse sin descanso por semanas, días, minutos y segundos. Sus pájaros dejaron de volar y la niña no supo qué hacer.

Así se sucedió un tiempo triste y nublado donde ni el viento acallaba los comentarios fuertes del reino:

—¡No sabe qué hacer nunca! ¡Tantos pájaros en la cabeza!...

Hasta que una mañana soleada de marzo, la niña se armó de valor y decidió emprender un viaje a lo más profundo del bosque. Había escuchado, entre tantos consejos, que si se perdía allí lo mismo se encontraba ella misma, recuperando la fuerza y los pájaros que en ella siempre anidaban. Sabía que para atravesar el bosque debía escuchar cinco últimos consejos del *Consejo Estatal de Sabiduría del Bosque*. Y así fue como con una gran mochila llena de miedos emprendió el viaje.

Nada más empezar, tropezó con el primero de ellos. Un gran hombre le advirtió:

—¡Si encuentras tres piedras amarillas, te crecerá el cabello hasta los pies!

Y claro, como la niña quería que le creciera el cabello hasta los pies se dijo a sí misma:

Si **todo el mundo dice** que si encuentro tres piedras amarillas me crecerá el cabello hasta los pies tendré que ir a buscarlas, ¿no?

Y así hizo. Buscó tres piedras amarillas y se las echó a su mochila de miedos.

Consejo que le decían, allá iba ella y lo repetía.

En el mismo camino que se adentraba al bosque, en segundo lugar, encontró a una vieja que caminaba desorientada y cansada que con voz finita le cantó:

—¡Ay, mi hija! ¡Si reúnes un puñadito de arroz en crudo vivirás sin ninguna preocupación!

Y claro, como la niña quería vivir sin ninguna preocupación

se dijo a sí misma:

—Si **todo el mundo dice** que si reúno un puñadito de arroz en crudo viviré sin ninguna preocupación tendré que ir a buscarlo, ¿no?

Y así hizo. Buscó un puñadito de arroz en crudo y se lo echó a su mochila de miedos.

Consejo que le decían, allá iba ella y lo repetía.

Seguidamente, y cada vez más cansada por el peso de la mochila, le sorprendió una joven dama con andares elegantes y mucha prisa que, muy convencida, le insistió:

—¡Si tienes una maleta llena de relojes el tiempo corre más lento!

Y claro, como la niña quería que el tiempo corriera más lento se dijo a sí misma:

—Si **todo el mundo dice** que si tengo una maleta llena de relojes el tiempo corre más lento tendré que ir a buscarlos, ¿no?

Y así hizo. Buscó un montón de relojes que aún funcionaban y se los echó a su mochila de miedos.

Consejo que le decían, allá iba ella y lo repetía.

Tras la joven dama, reconoció el rostro de su hermana mayor, con quien tanto quería. Y también le aconsejó:

—¡Hermana, si tomas siete cucharadas de mirra y limón, descansas del tirón como un lirón!

Y claro, como la niña quería dormir del tirón como un lirón se dijo a sí misma:

—Si **todo el mundo dice** que si tomo siete cucharadas de mirra y limón descansas del tirón como un lirón tendré que ir a buscarlos, ¿no?

Y así hizo. Buscó mirra y limón en el bosque y se los echó a su mochila de miedos.

Consejo que le decían, allá iba ella y lo repetía.

Ya visiblemente agotada, se chocó con el quinto y último consejo. Esta vez venía del mismísimo guardián del bosque, el cual le

dijo muy convencido:

—¡Si agarras un bastón, das unos pasos hacia atrás y te sientas del revés a partir del día siguiente empezarás a ser más feliz!

Y claro, como la niña quería empezar a ser más feliz se dijo a sí misma:

—Si **todo el mundo dice** que si agarras un bastón, das unos pasos hacia atrás y te sientas del revés serás más feliz tendré que buscar ese bastón, ¿no?

Y así hizo. Buscó entre las ramas y troncos de los árboles, agarró uno y se lo echó a su mochila de miedos.

Consejo que le decían, allá iba ella y lo repetía.

Cuando ya tuvo la sensación de haber recorrido un largo camino y haber escuchado los cinco consejos, derrotada, paró a descansar cerca de una choza en los adentros del bosque. Sedienta, no dudó en beber agua de una hermosa y cuidada fuente que manaba del jardín. Fue en ese mismo instante cuando apareció el ogro que habitaba en la choza, diciéndole:

—¿Es que no me escuchas alma de cántaro? Soy el ogro del bosque y tengo los ronquidos más fuertes del reino. Todo el mundo me teme por ello y nadie se atreve beber de esta fuente.

La niña, perpleja, sintió un gran escalofrío tras beber y comprendió que gracias a la fuente había dejado de escuchar aquello que no interesaba.

Sin pensarlo, emocionada, entró a la choza dispuesta a encontrar un cuarto propio en el que habitar. Allí, soltó su mochila de miedos y se dirigió a una gran ventana. Desde ella, fueron capaces de volar los pájaros de su cabeza y se permitió narrar al mundo exterior lo que ella realmente quería. Entre sus alaridos se escuchaba:

—¡Quiero tomar chocolate caliente, quiero jugar hasta el amanecer y morderme las uñas de los pies!. ¡Quiero coser los problemas con la lana de mi abuela, quiero viajar sin mochila y no llevar incluso ni una tila!. ¡Quiero dormir patas arriba y tener hasta arriba la cocina!. ¡Quiero

subir montañas y comerme incluso hasta alguna araña!

Y así siguió día tras día, gritando a todo el mundo que le había dicho algo en su camino: al gran hombre, la vieja, la joven dama, su hermana e incluso al guardián del bosque. A los que pasaban por allí y también a aquellos que ya permanecían en la distancia. A todo el mundo dice. A los miedos y las limitaciones. Y si no se enteraban tampoco ya le importaba.

Así fue como nunca jamás nadie pudo decirle a la niña lo que quería o tenía que hacer. Y si lo hicieron, ella nunca ya los escucharía.

¿Por qué todo el mundo dice qué?

BOLITA DE LUZ

MALVALLUNA



rase una vez en un reino, extraño y frío una bolita de luz que, despistada, aterrizó casi al descuido en él.

La bolita era mimosa y tierna. Después de varios días caminando llegó al castillo de un ogro, que estaba protegido y aislado con fosos de cocodrilos. El ogro no quería dejarla entrar. Pero ella era tozuda y peleona, aunque la puerta la echaba para atrás: una puerta pesada, dura, hermética.

El ogro vigilaba sin cesar. La bolita, escondida tras los pesados cortinajes, tozuda y valiente, atravesó todas las barreras y llegó al salón principal.

El temido ogro intentó no verla, solo ofenderla, pero aquella bolita de luz era tan especial que, a pesar de no encontrar su espacio en el rincón más oscuro y apartado, se puso a hacer lo que sabía: brillar. Había nacido del fulgor de una estrella y solo sabía ser luz, solo quería brillar, esa era su esencia. Anhelaba ser amor. Amor de luz dorada.

En la casa del ogro no había muchas posibilidades para bolita de luz, aunque era tozuda y peleona, quedó arrinconada.

El ogro tenía una esclava que lo adoraba, que le amaba sin condición alguna, aunque en algún momento, llorara por los rincones.

La bolita de luz intentó ser amada por la esclava pero ella le decía:

—Lo siento, bolita de luz, él no te quiere, le molesta tu fulgor y yo no puedo ayudarte, no puedo hacer nada aunque me entristezca lo que te pasa.

La bolita de luz era ignorada, cuanto más, más sufría y olvidaba que era hija de una estrella. Fue apagándose entre el polvo y el olvido. Solo conseguía atención cuando lloraba o enfermaba.

—Eres torpe —le decía el ogro—, eres fea, eres una bola sin ninguna gracia, tonta y débil. No eres deseada, no eres bienvenida. ¡Vete!, ¡muere!

Pero la bolita de luz era tenaz y a su manera «descarada».

Sus costuras eran muy finas, todo la acongojaba. La tristeza que ella percibía tras la ira del ogro, pues era muy sensible, la aturdía.

Pensó que podía ganar algo con la palabra, entretener, ser graciosa, ser simpática, ya que no podía brillar de otra manera.

Pero el ogro no paraba de quejarse:

—¡Calladla ya! —decía. Y así iban cumpliendo sus vasallos en todas las escalas y estamentos. Le pegaban por ser tan parlanchina.

La bolita de luz fue perdiendo memoria de sus dones. Amaba inmensamente a la esclava que no la podía aceptar para no enojar a su ogro adorado.

Sucedió algo extraño, como en todos los cuentos encantados.

La bolita de luz comenzó a desarrollar unas piernas que eran la admiración y la atracción del reino entero. Incluso al ogro conseguían inquietar, eran un imán.

A bolita de luz no le gustaban esas piernas, pero comenzó a sentirse visualizada, reconocida aunque sólo fuese por los ogros, sentía que atraía. Jugaba y jugaba por el reino, corría y saltaba, al final con fruición mostraba descarada esas piernas que tanto gustaban al ogro y a sus vasallos.

Día a día iba olvidando su esencia de bolita de luz y se fue dejando olvidada en esa nueva corporeidad.

Tanto gustaban sus piernas, que un vasallo del reino, familiar de la esclava, la desgarró, llevándose su tesoro, quebrando la última inocencia que le quedaba, dejándola marcada, machacada y en el fango. Las piernas ya no le servían para corretear ni para jugar ni para soñar que podía ser hermosa y mucho menos para volar.

Bolita se refugió en la iglesia, allí rezaba y pedía perdón por su culpa.

El ogro la disculpaba un poco, porque le gustaba verla de rodillas, rezando e implorando, sumisa.

Intentó de nuevo recuperar otros dones que sabía que tenía. Lo hizo con la palabra, pero la humillaron, castigaron y callaron y, avergonzada, enmudeció.

Pasaba el tiempo en los reinos del ogro, la bolita, siempre cercana a la esclava, reclamaba atención, pero solo conseguía llorar y dar lástima. Y así, era más y más oscurecida y estigmatizada.

El ogro decidió cambiar a un gran palacio que, aunque también era frío, era mucho más amplio. Atrás quedaron los rincones y las humedades y el que había osado mancillar su tesoro y quebrar la inocencia y la confianza.

La bolita de luz seguía sin encontrar su sitio pero se afanaba. Aprendió a hacer, a trabajar mucho siempre al lado de la esclava, sin dejarse ver demasiado para que el ogro no la maltratara .

Al lado de la esclava aprendía a mirar de otra manera al ogro, admiraba su fuerza y su poder. Seguía el rastro de su perfume, el olor de su tabaco. Le odiaba y le amaba.

A veces se enfurecía pensando que no la había protegido, pero ¿quién era ella?, ¿qué valor tenía?

La sangre bendijo su cuerpo y el poco destello que quedaba, se apagó en aquel reino de ogros.

Pasó de la oración a la lucha. Empezaron a dolerle las injusticias que ella tan bien conocía. Se involucró en muchas batallas, muchas prohibidas.

El ogro se enfadaba. Más de una y de dos veces la golpeó para intentar doblegarla. —¡Así no! ¡No llames la atención! ¡Sométete! —le decía. Pero ella era tozuda y, a veces, cuando sentía fuerzas, descarada.

Bolita no conseguía destacar en nada en aquel reino oscuro. Incomprensiblemente sus piernas y su pecho —muy desarrollado tras la sangre— eran su única fuente de atención.

Nadie miraba la luz que había dentro y que había sido la constitutiva de su ser. Y ella, de nuevo, dejó que la luz se fuera apagando, la escondió por vergüenza.

Junto a la esclava aprendió a cantar coplas de amor y nostalgia por los amores perdidos. Aprendió a ser víctima y a regodearse en la infelicidad, aprendió a ser esclava —a pesar de ser insumisa de por sí— y, a veces, su rebeldía afloraba.

Cuando la esclava, inesperadamente, murió quedó perdida y desolada.

También ocurrió algo excepcional. Escondida, la bolita vio al ogro llorar oculto en el corral de palacio, rodeado de gallinas, sin ninguna afectación, lejos de cualquier trono y poderío, lejos de su sentencia: «los hombres no lloran».

El ogro la quiso entonces para que fuera su esclava. Bolita lo intentó, recordaba cada día las enseñanzas... lo intentó y volvió a intentar... pero siempre fracasaba y supo que iba a morir sin remisión.

Pero una chispa había prendido, la «quimera» de conseguir un amor, la posibilidad de otra vida en otro reino y casi en los huesos y sin aliento, voló.

El ogro se enfadó y puso a todos en su contra:

—¡Mala, mala y mala!

Mas la bolita quiso tener otra vida. Muchos otros ogros la agredieron, se perdía muchos ratos en volutas de humo y vahos de alcohol: «así duele menos» —se decía.

De pronto ahí estaba, con una maleta que parecía ligera pero era pesada, con muchos caminos abiertos pero realmente maniatada.

El ogro ya no estaba pero la bolita había olvidado su fulgor y ya apenas recordaba que era la hija de una estrella.

A veces, bailando jazz, con una película, un concierto o con la poesía volvía a refulgir y emitía destellos.

Pero aquellas piernas y aquel pecho apenas la dejaban lucir pues pocos querían ir más allá.

En algún momento se sintió amada entera y entonces relumbraba y centelleaba pero su luz a veces producía un efecto adverso, asustaba. Además renunció a engendrar a otra estrella y esa fuerza ahogada, la llevó a enloquecer, casi acabó en la locura atrapada.

Amó y amó como una esclava, como había aprendido a amar, sin sentirse jamás valorada.

A veces cayó en la oscuridad, en noches de alcohol que adormecían su dolor... Pero era tozuda y empeñada.

Y como Ave Fénix resurgió, sintiendo que podía ser faro y luz y emprendió una gran gesta salvadora.

A ratos conseguía radiar pero no era la luz de su esencia, eran destellos un tanto «falsos» porque algo se había roto en ella, en su interior. En la profundidad de su ser no conseguía enhebrar el hilo dorado de su linaje de luz.

Un día de grisura total, sintió que debía ir a buscar al ogro, necesitaba poner paz, encontrarse dentro, pergeñar pedazos y brillar de nuevo. Fue a visitarle y consiguió mirarle con amor, con ternura. Consiguió también pedirle perdón a través de sus ojos, sin palabras, y a través de la mirada contactaron con su fragilidad. En sus fragilidades se encontraron y fue el encuentro más hermoso que jamás había vivido bolita de luz. El ogro, como no sabía abrazar ni nada de caricias, le pedía que le hiciera cosquillas y así, se fueron curando. A pesar de la ogra que ahora vivía con el ogro, bolita de

luz consiguió amarlo y sentir que, a pesar de todo, también él, que no le había permitido ser ni brillar, la amaba a su modo.

El ogro estaba enfermo, fue muriendo a pedazos, la bolita le acompañaba siempre que podía y la ogra celosa le permitía.

Por un tiempo fue «la niña de sus ojos», hasta que partió, humilde y sin reino, en paz, tras mucho sufrimiento.

Ahora la bolita quería volver, regresar a su esencia. ¿Cómo encontrar el camino de vuelta a su hogar?

Comenzó a cuidar el mínimo destello que encontraba en ella y si a los demás les asustaba, no se arredraba.

A veces el precio era alto y dolían las pérdidas y se desgarraba su corazón. Aprendió a amar sus piernas —aunque ya no eran tan fuertes ni poderosas— y a bendecir sus pechos —ya caídos y menos llenos—. Empezó a quererse como una estrella, como bolita de luz que era. Navegó con las palabras a paraísos perdidos, aprendió a poetizar sus gracias y desgracias. Y también a reírse de sí misma.

Y, día a día, fue naciendo un tímido plumón y, poco a poco, fueron germinando sus alas. Abrazó sus heridas, limpió con lengua cálida y amorosa cada cicatriz, fue puliendo cada llaga y ungió de bellos colores sus amadas alas que recordaban al Quetzal.

Dejó de mendigar amor, dejó de llorar por rincones y salas. Curó con cada verso un dolor y avivó con lindos fuegos su llama. A veces, eso requirió mucha soledad.

Quedaba curar su centro, aquel que el falso tío rompió. ¿Cómo hacerlo? Aprendió a lamer su herida, la más profunda, lamía y lamía con gran ternura. Llamaba con dulzura a la bolita apagada a través del placer, sintió que debía exponerse a las caricias, abrirse como una flor, dejar que la atravesaran, entregarse sin reservas. Algunas serían torpes, otras darían en la diana. Abrirse como una flor pero sin perder sus flamantes alas.

Bolita de luz, cual luciérnaga, comenzó a brillar... si era recha-

zada no le importaba, dejaba que doliera pero seguía refulgiendo. No había ya otro ogro que pudiera apagarla.

A veces sus vuelos eran largos y solitarios. Pero bolita era tozuda.

Un día, mucho después, sucedió algo especial... en uno de esos vuelos sintió un sonido mágico que la acompañaba, Miró y miró y descubrió una gran sonrisa. Unos amplios brazos que abrazaban sin aprisionar. Una hermosa alma, hijo de otra estrella que la hacía reír y jugar y descansar e incluso olvidarse de ser «salvadora».

No cabía en sí de gozo, jugaba y reía sin parar. Dejó que esa bolita besara todas sus heridas, le permitió abrazar su fragilidad. Se mostró como era, sus piernas y pechos ya maduros, su rostro surcado de dolores y su corazón lleno de estrías.

Dejó a esta bolita entrar dentro y acunarse en ella.

Abrió de par en par su casa, venciendo sus temores y desconfianza...

—Entra, entra a este mullido hogar lleno de amor y alegría, entra y navega en sus aguas de destellos impregnadas.

Bolita de luz se sentía amada y respetada. Necesitaba sus vuelos solitarios, necesitaba salir a brillar en otros parajes... pero sabía que había encontrado un hogar, un alma gemela que la hacía bailar, que no sólo no se asustaba sino que avivaba su lucir y lo potenciaba.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado y bolita de luz ríe con sonido de cascabel, de agua de cascada, escúchala en tus orejitas bendecidas y déjala brillar en tu mirada.

LA OSCURIDAD Y LA LUZ

GLORIA ALARCÓN GARCÍA

Jamás en la vida ella hubiera creído que una cama se pudiera sujetar al suelo con una cuerda y que estuviese suspendida en el aire.

Jamás en la vida ella hubiese imaginado que una cama suspendida en el aire, atada al suelo por una cuerda, estuviese llena de flores.

Jamás en la vida ella hubiese pensado que una cama suspendida en el aire, sujeta al suelo con una cuerda, repleta de flores, estaría en medio de unos rayos trepidantes y de una profunda oscuridad.

Jamás en la vida ella, Eva, pensó que todo eso lo imaginaría en el mausoleo de Moulay Ismail en Meknes.

Eva era judía sefardita y se fue a Granada a estudiar medicina con un sabio judío.

Ella, y toda su familia que vivía en la plaza Sardoy de Murcia, se habían dado cita en Cartagena para huir de España. No se encontraron. Ella, ataviada y oculta en un manto lila tomó un barco con rumbo desconocido. Llegó a un puerto. Callejó por la ciudad hasta llegar a una casa de la que solo se avistaban escaleras, patios y dinteles.

Cuando atravesó el primer dintel y subió la primera escalera comprendió que un mundo completamente desconocido se le abría y que otro, muy conocido, se le cerraba.

Al otro lado del dintel había luz, muchos espacios, diferentes escaleras. Atravesó el segundo patio, repleto de luz brillante y amarilla, y avistó al fondo una puerta roja. La puerta estaba cerrada. Nadie la acompañaba, ni le hizo de guía. Se aproximó, no muy decidida pero con seguridad. Lentamente fue abriendo la cerradura y con sigilo pesado la puerta dio paso a una sala con extraordinaria claridad.

En ella se encontraban todos sus ajuares, sus libros, sus ropas, sus objetos queridos y una cama. Una cama atada con una cuerda al suelo.

Estaba muy cansada y se tendió. Entonces soñó con las flores que pendían de un hilo, que estaban rodeadas de rayos pero bien sujetas a la tierra.

Durmió y durmió durante seis noches y seis días. Sólo se despertaba para mojarse los labios. A veces veía rayos, otras flores, otras oscuridad, otras luz. La última vez que vio luz y tuvo fuerzas, se sentó en el quicio de la cama.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de la habitación. No recordaba bien cómo había llegado allí, ni donde estaba. Solo observaba una luz inmensa, sus pertenencias en la habitación y una llave.

Se dirigió a la puerta que había atravesado. Ahora era azul.

La cruzó.

Se encontró con varios patios repletos de jardines y flores, con niñas y niños que le decían:

—¡Hola Eva! ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien? Ven a jugar.

Ella estaba desorientada pero no podía dejar de caminar por las diferentes estancias.

El olor a comida rica le hizo atravesar un enorme dintel. Cada vez el olor le resultaba más sabroso y familiar.

Cuando llegó a la cocina, el estofado de cordero bullía en la olla pero no había nadie. Solo una mesa con cuatro platos y cubiertos y una pequeña nota.

«Querida Eva, has dormido una vida y te has despertado a otra.

Disfruta del futuro. Es una aventura nueva. Firmado: quienes te quieren».

Cuando ella se sentó, las flores se sentaron a la mesa, los rayos le sirvieron la comida, la oscuridad desapareció para siempre y las puertas se volvieron transparentes. Allí estaba la llave.

LO QUE QUEDA DEL OLVIDO

JOSÉ FERNÁNDEZ-RUFETE GÓMEZ

Erase una vez un tiempo, un lugar y un sentimiento. Aquella mañana, en el bosque el romero se expresaba en un verde tan intenso que las pupilas de los habitantes de aquel hermoso lugar sabían a menta y especias. El viejo pino, con sus mil agujas pespunteaba el viento. Y el río. Esa corriente de vida que bajaba desde el hígado de la montaña. Al fondo, una ciudad en un lugar que podía adivinarse pero que no existía —al menos eso le habían dicho siempre—. El bosque se había vestido de otros muchos colores, pero sobre el tapiz verde brillaban los ocre para jugar al juego del otoño.

En el corazón de aquel lugar preñado de vida y movimiento descansaba un cuerpo dormido. Las extremidades untadas de un barro húmedo pero suave. El gesto vacío, el pelo sin color al raso de las hojas y unos ojos hermosos como nunca se habían visto en el bosque. Todo el mundo resumido en unos ojos. Dos lugares infinitos.

Él bajaba despacio por los recortes del camino. Pensaba en todo lo que sabía y en todo lo que aún le quedaba por aprender. Era feliz. Sonreía siempre, hasta el punto de que su gesto hacía tiempo que olvidó lo que era un semblante serio. Mientras iba camino abajo, pudo ver un cuervo en el claro picoteando lo que pa-

recía un dedo, el dedo anular de alguien. Dio unos pasos y pudo distinguir el resto. Nunca había experimentado una sensación semejante. Aquellos ojos eran diferentes a todo lo que había visto antes. Si todo lo hermoso del mundo pudiera recogerse y juntarse, cabría en las pupilas de aquellas dos simas increíbles. Sintió de pronto cómo sus pulmones se inflaban y el corazón le *tictacteaba* como si el suelo fuese a abrirse. Sopló tan fuerte que todas las mariposas del bosque doblaron sus alas al mismo tiempo y el polvo del polen dibujó un cielo tan intenso y diferente que quiso llorar de la emoción. El barro ahora reseco que cubría aquel cuerpo se volvió en un agua tan cristalina que parecía verse todo en su interior y las hojas se engarzaron nuevamente en las ramas de los olmos. El cuerpo, aquel cuerpo comenzó a transpirar algo parecido a unas notas musicales, pero de una belleza sublime. Ese sonido inundó toda la atmósfera del bosque. Todo se hizo música y de pronto, él comenzó a sentir algo que jamás había experimentado. Tomó en sus brazos aquel cuerpo tallado en algún lugar que él no conocía y que ni siquiera era capaz de imaginar, y regresó camino arriba hasta llegar a su casa. *Siempre le habían dicho que aquella ciudad frente al bosque era un holograma, una proyección de todo lo que todos los seres del bosque habían decidido no ser. Pero ¿y si aquel cuerpo, esos ojos infinitos, procedían de aquel escaparate que siempre había ignorado?*

Llegó cansado, jadeando, pero sin poder apartar la mirada de aquel ángel vítreo que parecía haber caído del mismísimo cielo. Lo tumbó sobre la cama y respiró hondo. *¿Qué pasará cuando despierte?*

Por un momento no pensó en nada. No podía hacerlo. Se recostó junto a la cama y soñó con hormigas trapecistas que se balanceaban sobre el trapecio ante la atónita mirada de las libélulas. También soñó otras cosas, pero no eran importantes. Al despertar notó cómo sus piernas estaban mojadas y sobre la manta, aparte de dos cristales tallados como diamantes, solo quedaban unas gotas ovaladas que dejaban entrever unos minúsculos puntos grisáceos.

Se acercó con la lupa que usaba para mirar las estrellas e imaginarlas así mucho más cerca, a tiro de un beso o de una caricia. Su sorpresa fue, como no podía ser de otra forma, sorprendente. Eran las hormigas trapevistas de su sueño, en un baile aéreo sin fin. Le parecía una ironía del destino, pero estaba ocurriendo.

Entonces pensó en el cuerpo que había dejado sobre su cama y en su descomposición líquida, pensó en aquellos ojos que lo miraban todo con tal insolencia que cada cosa perdía su singularidad. *¿Qué habría ocurrido allí durante el tiempo que había estado dormido?*

Miró el reloj de cuco e incrédulo se dio cuenta de que había pasado toda una vida.

De pronto, la tristeza lo vació por dentro. Sus tendones, pulmones y esófago se esparcieron junto a otros órganos desordenados y amontonados. Pensó en cómo podía haber perdido aquellos ojos, en qué podría haber descuidado para que aquellos abismos se derramaran sobre su nuca a los pies de aquella cama. De pronto recogió sus entrañas y se recompuso como pudo. Acababa de decidir que iría a la ciudad prohibida y tal vez inexistente en busca del tesoro que acababa de perder.

Pasaron siete días con sus siete noches hasta que llegó al último árbol del bosque. Las luces seguían allí, frente a él y su sombra, y ahora, de cerca, parecían mucho más reales. Se giró hacia el bosque, miró todo lo que alcanzaba su vista y se encontró con la nostalgia. Pero ya no había vuelta atrás.

Se adentró entre las ramas de ladrillo y los tejados grises y húmedos. Miraba a todos lados como si quisiera saciar la incredulidad de aquel vacío. *¿Dónde está la yedra, el ulular del búho y el sonido del agua al romperse infinitamente sobre las rocas? ¿Dónde está el camino de piedra?*

No fue capaz de sobreponerse a toda esa quietud. Allí no había vida, ni sonidos, ni olores. Había nada. Prosiguió su búsqueda a pesar de todo y pasó otra vida entera escudriñando cada rincón, cada espacio, por pequeño que fuera. NADA.

Un día cansado de buscar, sintió que debía volver. Regresar y cerrar sus cuentas con la vida, con el bosque, con sus sueños. Tuvo en sus manos un día el infinito y lo perdió en la levedad de un sueño. Había fracasado y era el momento de asumirlo. Le debía disculpas al destino por haberle defraudado. Tenía que regresar nuevamente a su bosque y talar toda la esperanza. Ya no quedaba tiempo para mucho más. Dos vidas gastadas eran demasiado.

Regresó y llegó de nuevo al árbol que abría y cerraba el bosque. El árbol que removió la nostalgia en la partida y que ahora, en su regreso, le devolvía la brisa y la calma que siempre había sentido en aquel maravilloso universo que era el bosque, su bosque. Subió el camino nuevamente entre las caricias del romero y la lavanda. Su casa seguía allí, cansada de tanto esperar, pero aun en pie.

Comenzó a llover una especie de azúcar diminuto y espeso y sus lágrimas ahora le sabían dulces. En el cristal de la ventana, vio sus canas y la frente abierta por los años y dos vidas vividas. Cruzó la puerta sin querer mirar cara a cara a su pasado. Oyó un sonido arriba, en el dormitorio. Subió los peldaños de madera con las suelas aún húmedas y pegajosas por el caramelo dulce que se había formado en el suelo del exterior.

De repente, unos ojos lo abrazaron. No había piedad ni medida. Todo duró apenas unos segundos, pero esas dos vidas, ahora, se mezclaron de una manera salvaje. El oxígeno dejó paso a los fluidos y se respiraba tan intensamente que ambas vidas se unieron para siempre. El olor entonces se hizo tan profundo que todo ser vivo del bosque pudo experimentar un placer tan intenso y brutal que sus gritos y gemidos pudieron escucharse en todos los bosques y en todos los mares de su mundo.

De pronto él dejó de recordar. Ya no lo necesitaba. Fuera, tras el cristal mojado, ya no había bosque, ni al fondo, la ciudad que vivió en su trágica búsqueda. Las gotas solo dejaban ver unos ojos hermosos. Tanto que solo estaban ellos y el vacío. Él sonrió. Había

perdido dos vidas. Pero no le importaba porque se habían ido un día junto al recuerdo. Ahora, sólo le faltaba cerrar este cuento y acaba de hacerlo, de nuevo, con una enorme sonrisa.

Por la vida!!

COMO EN CASA EN NINGUNA PARTE

ASIA LEÓN SIMINIANI



sí nació la hormiga, con los ojos ya bien abiertos y dispuesta a trabajar.

—¿Qué hace falta, mamá? —preguntó muy atenta.

Pero no había nadie para responder. Bueno, «nadie», lo que se dice «nadie»..., había tan solo un ejército de hormigas corriendo de aquí para allá. Así es que se puso manos a la obra o, mejor dicho, patas a la obra.

Como era bien chiquita todo se le hacía muy grande, pero con mucha perseverancia y disciplina consiguió, tras muchas horas de trabajo, días, semanas, meses sin descanso, trepar a los árboles más altos, arrastrar los muertos más pesados y funcionar dentro del hormiguero sin dar muchos problemas, por más que, después de haber trepado tan alto, eso de meterse bajo tierra se le antojaba oscuro y poco socorrido.

Fue justo en un árbol donde lo vio por primera vez y detuvo su paso al instante provocando una reacción de choques en cadena en la enorme hilera.

—¿Qué haces? ¡¡¡¡Sigue caminando!!!! —le gritaron las hormigas cercanas.

Pero no pudo. ¿Cómo era posible que no lo vieran?

—¡¡¡Esto es un desastre!!!

—¡Así no vamos a ningún lado!

—Ya salió la hormiga soñadora...

—¿Soñadora? ¡Flipada más bien! —parecía escuchar de fondo; pero apenas podía oírlo, tan ensimismada como estaba.

Se hizo a un lado, eso sí, para que todo pudiera seguir su curso, tanto la hilera, como ella, en este otro lado del camino. Y siguió contemplando. Era grande, peludo, gigante, dorado, como el mismo sol en pequeñito, iluminando el espacio. Se quedó allí, sintiendo en sus antenas y en su cuerpo lo que ese ser irradiaba. Y entonces él, como si quisiera comunicarse con ella, comenzó a cantar. Y fue como si el Universo entero abriera sus puertas a través de sus trinos y le ofreciera su abrigo.

Tuvo que volver muchos días hasta que él le ofreció llevársela de viaje. Y aún muchos más hasta que ella se atrevió a hacerlo. Pero el día que subió a su lomo se le quitó todo el miedo, y le gritó al viento como en un aviso:

—¡Ya estoy aquí, ya he llegado!

Y echaron a volar. Bueno, en realidad y para ser exactos, el que volaba era el canario, ella sólo miraba el mundo desde esta nueva perspectiva, y no cabía en sí de dicha y sorpresa: nunca en su discurrir de hormiga habría podido soñar siquiera lo que suponía el placer de sumergirse en el cielo.

Los primeros viajes no fueron tan lejos: Canario parecía protegerla de algo desconocido. Pero un buen día (¿o no tan bueno?) llegaron al Reino del Frío. Ni Canario ni Hormiga se dieron cuenta de cómo había ocurrido, cuándo ni cómo fue que se metieron en ese páramo de hielo. Pero allí estaban. Y más valía espabilar a tiempo si no querían perecer helados. Volando a ratos Canario, empujando en otros Hormiga, llegaron a una minúscula casita cerca de un río. Llamaron a la puerta y salió un viejecito bastante grande (cómo era posible que un anciano grande viviera en una casa tan

pequeña es algo que no se puede explicar, son las cosas de los cuentos) con un farol de vela entre sus manos.

—¿Qué hacen ustedes aquí, mis queridos pajaritos?

Hormiga no supo si es que el anciano veía mal (doble, para ser más precisos), o veía de más, pero fuera como fuera daba igual: en el interior, una sopa y el fuego de una chimenea parecían esperar su llegada, así es que se lanzó patas adentro y se sentó a la mesa.

—No tan deprisa señorita, no tan deprisa —murmuró sonriente el anciano—. Antes tendrán que responderme, ¿qué les trae por aquí, mis queridos visitantes?

—Necesitamos cobijo para mi amigo Canario, un poco de sopa caliente y una manta para poder volver a casa, a la selva de donde venimos.

—Me temo que no hay vuelta atrás de momento en su camino. Pero ustedes podrán encontrar su hogar si descubren el loto que todo lo derrite.

—¿El-loto-que-todo-lo-derrite? —preguntó Hormiga extrañada—. ¿Y dónde encontraremos ese loto?

—Aparecerá cuando alguno de ustedes esté preparado.

—¿Y mientras?

—Mientras descansen y vayan poco a poco. Un loto que todo lo derrite es una rareza y no puede ser buscado. Pero los lotos son capaces de sobrevivir en medio de las aguas más sucias así es que no teman, les estará esperando firme.

—¿...como esta sopa? —preguntó la hormiga señalando el puchero.

—Como esta sopa —contestó riendo el anciano, y se sentaron a la mesa.

Hormiga, ni corta ni perezoso, fue cogiendo entre sus manos cacitos de sopa caliente con los que caldeó el corazón de su amigo Canario hasta que aquel pudo volver a cantar. El anciano, al oír su canto, comenzó a llorar de alegría, pues hacía mucho tiempo que

habitaba solo en aquel confín helado, y había olvidado el placer de las cosas que tocan el alma. Canario, al verlo, calló.

—¡No, no, por favor! ¡Canta otra vez, bello canario!

—¿A que canta bonito? —dijo Hormiga orgullosa—. Ya se lo dije a mis amigas, pero no quisieron escucharlo.

Y Canario, por toda respuesta, volvió a trinar en pleno regocijo. Y en sus trinos apareció el azul del cielo, y las nubes llenas de formas y colores, y la selva con todos sus sonidos. Y entonces la que empezó a llorar fue Hormiga, porque amaba viajar por el mundo, pero estaba cansada del frío y echaba de menos, por primera vez, su hormiguero.

—No hay vuelta atrás, de momento, en su camino —volvió a repetir el anciano, adivinando los lugares inciertos por los que se adentraba el alma de Hormiga—. Si queréis volver a casa, tendréis que encontrar ese loto.

Así es que se acostaron temprano y, equipados con una mochila de provisiones y esperanza, así como un par de sortilegios de amor que les regaló secretamente Anciano, salieron en la madrugada.

Por algún regalo del destino (o del soñar de Anciano) ese día hizo un sol maravilloso y, según avanzaban por el hielo, este se fue quebrando hasta llegar un momento, varias jornadas después, en que a cada paso de Hormiga la fina capa de escarcha se deshacía en agua. Hormiga, juguetona y desconocedora de los peligros del agua, embelesada en ese nuevo medio, estuvo a punto de ahogarse en un socavón del camino; menos mal que Canario, siempre atento, se dio cuenta y la rescató justo a tiempo, transportándola hasta arribar a una bella posada. Había allí varios refugiados de lo más peregrino. Al parecer muchos otros antes se habían perdido, y terminaban llegando todos a este lugar. Lo curioso era que, aún llegando todos por el mismo sendero, cada uno de los extraviados había transitado su propio espacio particular.

Canario y Hormiga pasaron esa noche una hermosa velada al fuego en ese jardín de flores y encanto escuchando a Elefante que venía del desierto, Murciélago que se había perdido en un laberinto, Microbio que no encontraba un cuerpo y Humano que se había perdido en su mente. Se rieron un montón, cantaron y bailaron todos juntos (con otros muchos que también estaban allí y con los que no tuvieron tiempo de hablar, como Cocodrilo, Serpiente, Jaguar y Oruga) y, cuando toda la fiesta acabó, Hormiga cayó rendida y feliz en un ala de Canario y se durmió sonriendo agradecida por poder compartir todo esto con él y poder sentir su abrazo. Desde lejos, Anciano sonrió cómplice, al descubrir la fuerza y potencia que sus sortilegios de amor aún poseían, a pesar de llevar tanto tiempo sin ser usados...

Para cuando despertaron varios de sus nuevos amigos ya habían partido, pero Canario estaba cansado de tanto volar, así es que se instalaron en la posada por unos días. El objetivo era claro y sencillo: disfrutar, sin más. Aprender a disfrutar era una tarea siempre pendiente para Hormiga, así es que estuvo de acuerdo con posponer por unos días su búsqueda. La posadera descubrió pronto sus gustos y con cariño les preparaba sus guisos preferidos. Y así pasaron multitud de ratos entre estrellas, deliciosos platos, buenos amigos y atardeceres al fuego. Casi olvidaron el motivo de su viaje, y eso que Hormiga era tenaz y trabajadora y hasta entonces no se le había dado nunca bien eso del placer...

Ese jueves hubo tormenta.

Hormiga estaba bastante asustada por más que la posadera le contaba cuento tras cuento para entretenerla, así es que Canario decidió asomarse a la puerta por ver si aparecía algo de luz con la que tranquilizar a Hormiga. A veces, basta un deseo profundo para que algo suceda y ¡zas!, un rayo cayó al lado de Canario que, ni corto ni perezoso, se montó a su espalda y ¡zas!: allí estaba, lo vio:

—¡¡¡¡Hormiga, Hormiga, nuestro loto!!!!

Estaba lejos, en el horizonte impensado, pero brillaba con lo que quería parecer una pequeña flor fucsia y dorada en su centro, como una potente linterna.

Al oír la palabra «loto» Hormiga escuchó «nenúfar» pero, como fuera, algo quiso abrirse paso en su memoria, no sabía qué... Salió al jardín y, por tercera vez en el cuento, ¡zas!, Canario la recogió y emprendió el vuelo por encima de la tormenta hacia el lago donde Loto-Nenúfar llamaba con su flor fucsia dorada.

Aterrizaron al borde de las aguas. ¿Cómo se acercarían a ese loto tan lejano? Era un lago de agua dulce, sí, pero tan inmenso como el mismo mar, y el loto parecía estar justo en su centro. ¿Cómo llegarían hasta él?

Mojados, cansados, sin capacidad para idear nada, se sentaron a la orilla y metieron sus patas en el agua. Era tibia, cristalina y tan agradable que a Hormiga se le escapó en un suspiro

—¡Qué hermosa! —y la acarició con sus antenas.

El agua, en respuesta, le sonrió con ondas. Canario, como era habitual en estas lides, iba a iniciar su canto, pero enmudeció de golpe al escuchar un sonido hondo, íntimo, como de cueva o cavidad, un sonido de otro tiempo en el que no había tiempo, un sonido ancestral.

—¿Qué es eso? —preguntó Hormiga asustada.

—No lo sé —respondió Canario—. No lo he oído nunca. Pero no temas, es un amigo. Confía.

No era fácil para Hormiga aquello de la confianza en abstracto (ni en lo desconocido), pero había aprendido a confiar en Canario, así es que sacó sus antenas del agua —¡por si acaso!— y aguardó expectante y sin abrir la boca. Empezó a callar y callar y callar, y el silencio empezó a crecer y crecer y crecer, y entonces, en el Silencio, volvió a escucharse al rato... entre agudo y grave, sin vocal ni consonante, brotando de alguna entraña profunda y cierta. En esta segunda ocasión a Hormiga, que le había cogido cierto

gusto a aquello del placer, el sonido le produjo cosquillas. Ya estaba a punto de echarse a reír cuando el pico de Canario la detuvo:

—¡Mira! No la asustes.

Y así, majestuosa, silenciosa y poderosa, apareció deslizándose sobre las aguas Ballena.

Ni todas las bocas del mundo le hubieran servido a Hormiga para expresar su admiración. Las lágrimas brotaron de sus ojos y, mientras Canario hacía una reverencia, ella, sin hacer el menor movimiento, se convirtió en estatua de amor y fue loto-nenúfar. Sintió su color fucsia y dorado atravesándola de cabo a rabo —lo cual no era tan difícil, siendo tan pequeña— y se abrió como un loto, en el centro del lago, sobre Ballena y con Canario a su lado.

Se fueron derritiendo, ipso facto, todas sus fronteras, las de Hormiga y hormiguero, las del hielo, las sonrisas y las penas. Sintió en su corazón el sostén de Ballena, el cuidado de la posadera, el compartir con sus nuevos amigos, la mágica sonrisa del sabio Anciano, el olor del fuego, el apoyo de Canario, el mirar del cielo, el sabor de las nubes, el crujir del Planeta y un montón de cosas más que no caben en este cuento y que se iban derritiendo. Se hizo loto que todo lo derrite por un segundo y, al derretirse, aparecieron Amor y Luz Puros que, poco a poco, invadieron todo el espacio. Entonces se acordó de su hormiguero y supo, sin pensarlo y sin lugar a dudas que, con solo evocar su presencia, esa Luz y Amor llegarían al corazón de sus amigas, porque cada hormiga nacida allí estaba unida a todas las demás y eran, todas, un solo hormiguero.

Ya no había marcha adelante ni vuelta atrás.

Hormiga, Canario y Ballena florecieron al unísono en el centro del lago.

Y, desde allí, siguieron irradiando y cantando Amor y Luz Puros por siempre jamás.

En casa.

*Agradezco a la vida la posibilidad
de ir revisando el camino recorrido*

SARA, UNA SERA «ESPECIAL»

ROSA CORTIJO RAMÍREZ

Erase una vez que se era... Era un ser sobrenatural, era una sera, así que era un ser en femenino. Era rara, bien rara. Rara porque a nada ni nadie se le parecía.

Esta sera tenía una gran cabeza —¡pero grande, grande!—, muchos ojos, por delante y por detrás, que le permitían una mirada caleidoscópica. Su visión estaba llena de colores y formas que abarcaban trescientos sesenta grados. Era bello lo que la sera veía, pura belleza de formas geométricas, estructuras, dimensiones... todo encajaba armoniosamente.

Luego estaba la nariz, una nariz enorme que le permitía oler a gran distancia aromas que le llegaban de lugares lejanos y desconocidos. La sera podía oler lo que se cocinaba más allá de lo que su mirada abarcaba, podía oler paisajes lejanos e incluso a los seres y seras que por allí estuvieran.

A los lados de su gran cabeza se disponían dos pequeñas orejillas, bien pegaditas, que casi no se veían pero que tenían la capacidad de oír sus sonidos internos. Sí, de afuera le llegaban levemente pero podía percibir con claridad su corazón, sus propios latidos, la fuente de su vida, la sangre bombeando hacia el cuerpo. Cuando comía podía oír cómo bajaba el alimento, cómo llegaba a su estómago y se quedaba allí un tiempo. Así con todas sus funciones

vitales, ¡¡hasta podía oír cómo crecían sus uñas y su pelo!! Lejos de importarle a la sera —que estaba acostumbrada a oírse—, aquello le parecía normal, así que estaba tan tranquila. Alguna vez lo había comentado con otros seres vivientes que se pasaban con aquella «habilidad» y la sera se sorprendía del impacto que producía.

La sera tenía una boca hermosa, con labios carnosos. Una boca grande y armoniosa con el resto de su cara. Era una boca que sabía a melocotón en almíbar, eso le decían cuando la besaban y compartía su sabor.

Por lo demás, un cuerpo normal y corriente que pasaba desapercibido.

A la sera le llamaban Sara (supuesta asociación de ideas).

Sara estaba feliz y le gustaba ser como era. Pasaba la mayor parte del día contenta y agradecía y disfrutaba con sus cosas, cosas de sera. Le gustaba tumbarse frente al mar y ver todos aquellos paisajes y formas moviéndose a su alrededor. De pronto llegaban aromas más allá del horizonte, aromas que no podía describir, solo sentir. Entonces imaginaba qué podía ser lo que olía de tal o cual modo.

Solía pasar bastante tiempo sola y no estaba mal, le gustaba experimentar su soledad. Mientras miraba y escuchaba, casi sin darse cuenta, también le llegaban los ruiditos que le avisaban y le tenían conectada con ella misma, Ruiditos internos conocidos que le informaban de su existencia.

Y así pasaba el tiempo Sara, pendiente de sus sentidos... y poco más.

Un día de tantos otros, paseaba por la playa ensimismada y se dio cuenta que el mar estaba diferente, los tonos y formas cambiaban, las olas subían y bajaban con más fuerza de lo habitual. Una tormenta descomunal se estaba desatando, un gran vendaval acompañado de rayos, truenos y nubes que cambiaban de lugar.

De repente, de entre las nubes y las olas, con sus ojos multi-

colores pudo entrever algunas estrellas que se iban colocando una detrás de la otra, en fila, creando una especie de escalera. Era una escalera brillante del mar al cielo, del cielo al mar.

Sara se preguntaba qué hacer. Por un lado sentía una fuerte atracción hacia la escala que aunque extraña parecía segura pero por otro dudaba de su habilidad para subirla porque era algo patosa. ¿Adónde la llevaría? ¿Qué habría más allá de la escalera? ¿Qué encontraría?

En ese momento, podía escuchar su corazón latir con fuerza, bombeando litros de sangre hacia sus piernas que casi sin querer se movían hacia el mar, hacia esa primera estrella cada vez más cercana. Y así, poco a poco, pudo sentir bajo sus pies el calor seco del primer escalón y subió uno tras otro, primero una punta, luego otra, estrella tras estrella llegó hasta una nube, y la traspasó y cuando pudo asomar la cabeza divisó un montón de lucecillas que no podía distinguir si eran ojos como los suyos que salían iluminados de entre las nubes, o miles de estrellas diminutas.

De pronto algo fuera de ella le sonó cercano, un sonido desconocido y nuevo, una especie de vocecilla alegre y casca-belera. No entendía nada, no podía identificar aquel sonido cercano que no estaba dentro de ella. No eran sus tripas ni su corazón pero al mismo tiempo estas y aquel sonaban más fuerte que de costumbre.

Sara se movía buscando la voz y la voz se movía con ella, por delante, por detrás, por uno y otro lado, hasta que en un giro repentino uno de los rizos de Sara le dejó entrever un pequeño ser que reía columpiándose en su pelo y saludaba a Sara con sus manitas.

—¡¡¡Ey, que estoy aquí!!! ¿No me ves? —decía el diminuto ser.

Sara extendió su mano para que saltara sobre ella. Era muy gracioso, una especie de duendecillo con pantalones y gorro a juego de rayas de colores. De la borla del gorro colgaba una estrella que iluminaba su cara.

—Pero ¿quién eres? —dijo Sara—. ¿De dónde sales? ¡No te he visto nunca por aquí!

—No me conoces pero he estado siempre contigo —dijo el pequeñajo—, te acompaño desde que llegaste al mundo. ¡Soy tu destino y puedes pedirme lo que quieras!

Sara, sorprendida, se quedó pensativa. No sabía muy bien qué pedir porque nunca se había planteado cambiar nada en su vida. Estaba bien, le gustaba ser como era y el lugar donde vivía. No echaba nada de menos, ni de más. Pero puestas a pedir, se le ocurrió que le gustaría visitar aquellas luces lejanas, aquellas estrellas que veía titilar. ¿Descubriría algo interesante?, ¿algo inesperado?, así que Sara accedió al viaje y el duendecillo le dijo:

—Por el momento te llevaré a visitar tres estrellas, no más.

Sara cerró sus ojos y en un plis plas, al abrirlos de nuevo se encontró en un lugar desconocido, con un paisaje verde, un suelo verde, montañas verdes a lo lejos y un bosque verde muy frondoso. Se tumbó en la verde hierba a descansar y podía ver los pajarillos verdes y los insectos verdes revoloteando allí mismo, a su lado. Veía en verde sin sonido ni aroma alguno. Todo era distinto a lo conocido hasta el momento. Y le gustaba...

Al rato se asomó de entre su pelo el duendecillo:

—¿Quieres conocer otra estrella? —le preguntó.

Sara cerró los ojos y en un plis plas, al abrirlos de nuevo descubrió un nuevo lugar en el que no podía ver nada porque había tanta luz y brillaba tanto que le impedía distinguir formas y colores. Tampoco distinguía ningún sonido. Eso sí, un aroma intenso que le resultaba familiar empezó a invadirla, y abriendo su gran nariz pudo sentir cómo todo su ser se impregnaba de aquel olor poderoso, rico, dulce... huele... huele... se preguntaba Sara:

—¡¡¡Sí, ya!!! —gritó de pronto—. ¡¡¡Huele a melocotón en almíbar!!! ¡¡¡Huele igual que mi boca!!!

Se reconoce Sara en su propio olor, se maravilla con él, que

por todas partes le llega y al no poder ver nada, Sara imagina lo que hay a su alrededor, un gran bosque de melocotoneros por el que pasa un río de almíbar y le gusta...

De nuevo el duendecillo le propone visitar la tercera estrella.

—Espera un ratito más que disfrute de ese perfume delicioso —le dice Sara. Destino espera pacientemente columpiándose en sus rizos—.

—Adelante —dice Sara al tiempo—, estoy lista.

Y en un plis plas abre de nuevo los ojos despacito, expectante con lo que se podía encontrar. Al principio queda algo decepcionada porque hay tanta oscuridad que no puede ver nada ni tampoco huele a nada pero poco a poco, atentamente empieza a distinguir sonidos, sonidos que vienen de fuera, de alrededor, sonidos lejanos y cercanos, puede oír las hojas de los árboles mecidas por el viento, sus pisadas al caminar... puede oír el gorjeo de los pájaros y hasta las hormigas correteando por el hormiguero. Puede oír las nubes moviéndose por el negro cielo. Sonidos bellísimos que vienen del exterior y le gustaba...

Destino le pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, claro —dice Sara ensimismada.

—¿Volvemos ya? —pregunta él.

—De acuerdo —accede Sara—, volvamos a casa, ya está bien de viaje.

Delante de Sara pequeñas luces lejanas van acercándose poco a poco, son las estrellas conocidas que se colocan de nuevo como una escalera para que Sara pueda ir bajando por sus puntas, peldaño a peldaño, hasta que sus pies notan la humedad del agua, de su mar conocido que con una suave ola le acercan a la arena.

Sara se tumba en la arena algo cansada del viaje y busca entre su pelo al duendecillo. Le llama en voz baja pero ya no puede oírlo. No se preocupa porque sabe que de algún modo le

acompaña. Le dijo que había estado con ella desde que nació así que no andaría lejos.

Sara reconoce de nuevo su mirada, la de caleidoscopio. Los sonidos de dentro de su cuerpo y los aromas lejanos vuelven a aparecer. Pero Sara sabe que puede ver de otro modo, oír la lejanía y oler también su boca de melocotón en almíbar. Se relamió y una gran sonrisa iluminó su carota de Sera feliz.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

LA VOIX ENDORMIE ET LES CHUCHOTEMENTS DU VENT

ANNE-CHARLOTTE LAMASSE
(Versión en francés de la autora)

Tout le monde l'attendait. Elle, elle n'était pas si pressée d'arriver. Dehors, elle entendait souvent rire ce qui l'intriguait. Avant d'entreprendre le grand voyage, elle demanda de l'aide.

—Déjà? lui répondit-on.

—Oui, apparemment je ne peux pas rester là et j'ai vraiment besoin d'espace.

—D'accord, Je vais te donner de l'élan.

—De l'é. . . quoi?

Tu auras toute ta vie pour découvrir ce dont il s'agit... alors vas-y! Ne tarde pas!

Elle ne put terminer sa phrase, tout alla très vite, la traversée commença, l'eau dans laquelle elle se trouvait se refroidit aussitôt et craaaaaak! La lumière l'éblouit.

Elle chercha un peu de chaleur, ce qui lui fut immédiatement accordé.

Une voix s'exclama avec joie :

—Quelle merveille! Elle a mes pattes! Et une aile rouge comme toi! Et une aile verte comme moi! Elle pourrait s'appeler Verroü, de VERT et de ROUGE!

Verroü ne comprenait pas tout mais cela semblait de bon augure. Lorsqu'ils revinrent sur leur branche, un grand festin les attendait. Elle resta silencieuse et s'endormie.

Tout en grandissant, elle s'amusait à construire des cabanes, c'était le meilleur endroit pour inventer des histoires, là, toute l'effervescence de l'extérieur s'éteignait. Tous s'efforçait de la faire rire, elle aimait tellement ça! Jusqu'à ce qu'elle sente le besoin d'écouter le silence, il lui parlait tant. De temps en temps, elle se demandait pourquoi.

Un jour, elle se rendit compte qu'elle ne grandissait pas, peut-être était-ce le fruit de son imagination —car elle en avait beaucoup— mais au bout d'un moment, elle remarqua quelque chose: elle rapetissait et personne ne le remarquait. Elle se fit une raison, mais, avec le temps, elle observa que ses longues marches vers les cimes non seulement «lui donnaient des ailes» —qu'elle avait déjà mais qu'elle ne voyait pas — et lui permettaient surtout, de retrouver sa taille réelle. Un jour, après une longue marche, elle atteignit le sommet d'une montagne, les oiseaux volaient haut, elle s'assit et croisa ses ailes en regardant vers l'horizon.

—Oh, si seulement j'avais des ailes, soupira-t-elle.

Bien qu'elle ne soit pas très enthousiaste à l'idée de redescendre et redevenir petite, elle avait tellement envie de descendre à toute allure!

Verroü se leva et pris une grande inspiration. Elle commença à courir, sautant, chantant et pleine de joie jusqu'à ce que, soudain, un petit caillou se faufila sous sa chaussure. Elle culbuta,

roula, roula, et roula. . . Boum! Elle atterrit dans une mare de boue gluante au milieu d'une forêt sombre.

C'était la première fois qu'elle tombait. Allongée sur le sol, elle était essoufflée, elle ne pouvait pas respirer. Elle resta immobile pendant plusieurs minutes. Ses jambes et sa poitrine lui faisaient mal. Des fourmis dans les ailes. Une saveur amère dans la bouche. Elle ne voulait pas ouvrir les yeux de peur de ne pas reconnaître son monde.

Verroü resta là un long moment, engourdie. Des jours, des mois, peut-être des années passèrent. Personne ne saurait le dire.

De temps en temps, elle pouvait percevoir la lumière de la cime des arbres, mais ce n'était jamais assez pour réchauffer son corps. Cet environnement, d'abord hostile, lui devint peu à peu familier, la terre gluante la nourrissait et l'aidait à se remettre sur pied.

De temps à autre, elle entendait le vent chuchoter :

—Verouverouverouverouver...

OuVer ouvrit les yeux et réalisa soudain qu'elle ne souffrait plus. Elle était complètement désorientée. Elle s'assit, se frotta les yeux plusieurs fois et aperçut autour d'elle de nombreux animaux. Elle trouva ce spectacle si extraordinaire qu'elle resta là, à les contempler, en silence. Depuis combien de temps étaient-ils tous là?

Elle se leva, s'étira, cela faisait si longtemps qu'elle n'avait pas senti son corps! Comme elle était belle. Et qu'elle était grande! Elle portait un magnifique plumage aux couleurs chaudes et flamboyantes.

Elle fit ses premiers pas, elle avait oublié combien elle aimait marcher. Elle chancela un peu et se retourna. Elle se surprit à voir l'empreinte de son corps incrustée dans la terre sèche. Reconnaissante et quelque peu nostalgique, elle décida de se mettre à la recherche d'un nouveau chemin. Son œil vif devina un chemin

couvert de lianes et d'épines, depuis longtemps abandonné. Elle décida de le prendre. Elle se griffait, s'égratignait, mais elle était si forte que rien ne pouvait l'arrêter. Elle s'était réveillée. Le sentier montait de plus en plus haut. Une myriade de parfums délicats la menait dans la bonne direction, il n'y avait aucun doute. OuVerne se souvenait pas que ce fût le même chemin qu'elle avait emprunté il y a longtemps.

La végétation se faisait rare, peu à peu elle découvrit le ciel d'un bleu intense, elle pouvait percevoir les rayons chauds du soleil qui traversaient sa peau. Elle sentait la force de la terre sous ses pieds, cette terre qui avait pris soin d'elle pendant si longtemps. Elle pouvait percevoir le murmure subtil d'une brise légère venue de contrées lointaines.

Une fois qu'elle atteignit le sommet, elle prit une profonde inspiration. Ce nouveau souffle parcourut tout son corps jusqu'à atteindre l'extrémité de ses ailes. Elles frissonnèrent et se déplièrent d'elles-mêmes. Soudain, une bourrasque de vent arriva, la souleva d'un coup dans les airs, elle se déséquilibra mais le courant l'emmena doucement, elle se sentit glisser et s'en fut là-bas, vers l'infini. Confiante et d'un vol léger, vers son nouveau destin.

Esta primera edición de *La grandeza de la mirada y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en abril de 2021.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este dudécimo volumen se han recogido los cuentos escritos por: Blaves, Anne-Charlotte Lamasse, Javi Soto, Natalia Noguera García, Malvalluna, Gloria Alarcón García, José Fernández-Rufete Gómez, Asia León Siminiani y Rosa Cortijo Ramírez.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 26, 27 y 28 de febrero de 2021 en La Casa de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-5-0



978-84-120981-5-0